

YAGO GARCÍA ZAMORA

¿QUIÉN MATÓ A HELENA JUBANY?

Epílogo de
CARLA VALL

SERIE NEGRA RBA

YAGO GARCÍA ZAMORA

**¿QUIÉN
MATÓ A
HELENA
JUBANY?**

Epílogo de
CARLA VALL I DURAN

RBA

Título original catalán: *Qui va matar l'Helena Jubany?*

© del texto: Yago García Zamora, 2022.

© del epílogo: Carla Vall i Duran, 2022.

© de la traducción: Yago García Zamora, 2022.

© de la traducción del epílogo: Manuel Fernandez Plata, 2022.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2022.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: abril de 2022.

REF.: OBDO032

ISBN: 978-84-1132-026-9

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Todo movimiento, la gran
línea, el viaje, es un arrebató
de olvido que se curva en la
burbuja del recuerdo.

CÉSAR AIRA

I

VÍCTIMA

EL CUERPO

La madrugada del 2 de diciembre de 2001, a Alfredo Morales lo despertó la muerte. Incapaz de conciliar el sueño, se vistió, cogió la correa de su yorkshire y salió a tomar un carajillo. Estaba tranquilo. Desconocía lo trivial que podía sonar un cráneo al partirse. Como un saco que se desploma, como los libros de una estantería que pierde el equilibrio sin previo aviso o un niño que se revuelve en sueños y se cae de la litera, aquel golpe no tenía nada de extraordinario. La noche terminó de escampar de regreso a casa; Alfredo se asomó al balcón que daba al patio interior. Entre la luz brumosa de la mañana y la distancia de los tres pisos de altura, le pareció distinguir una muñeca hinchable tirada en el suelo. Su hija se le acercó, inclinó el torso por encima de la barandilla y la vio.

La chica llevaba muy poca ropa. Los restos de masa encefálica se esparcían en abanico en un radio de dos metros sobre la arena rojiza. El torso y las piernas estaban retorcidos en posturas contradictorias. En realidad, iba completamente desnuda, pero el fuego había marcado la silueta de la ropa interior sobre su piel y parecía que

todavía la llevara. Los restos calcinados del sujetador y varios mechones de pelo quemado habían ido a parar sobre los geranios de los vecinos del segundo. En su caída, el cuerpo había arrastrado las pinzas de tender de los balcones contra los que había impactado, que ahora rodeaban el cadáver como las esquirlas de un vaso roto.

El sol iluminaba sin pudor la escena cuando las dotaciones J-17 y J-37 de la Policía Nacional llegaron al número 48 de Calvet d'Estrella. Tras comprobar que la chica estaba muerta, alzaron la vista hacia la azotea desde la que parecía haber saltado. El administrador de la finca les había franqueado la entrada al edificio, pero para subir no hizo falta que les abrieran. Unos vecinos que estaban de mudanza se habían dejado la llave en la cerradura de la puerta que daba acceso al terrado y a los trasteros. Ahí hallaron mechones de cabello quemado de color castaño oscuro, como los de la víctima, y dos cerillas. Una, partida y sin encender; la otra, entera y con la cabeza carbonizada. Un muro separaba aquella terraza de la contigua, la del número 50. Al otro lado, amontonada bajo una silla, apareció la ropa que le faltaba a la chica. Unos botines Kickers de ante, un jersey blanco de cuello alto y unos pantalones marrones con estampado de flores. La pila de prendas olía a alcohol.

Su bolso no apareció; no tenían manera de identificarla. La inspección técnico-policial hecha sobre el terreno determinó que el cuerpo era el de una joven de unos veinte o veinticinco años de un metro cincuenta y seis de estatura, complexión normal o delgada, pelo largo, moreno, con dos cicatrices de intervenciones quirúrgicas antiguas en las piernas. Los vecinos no habían oído nada más allá del golpe que despertó a Alfredo Morales sobre las cinco menos cuarto de la madrugada. Hacia las seis, su hija había vuelto

de una despedida de soltera y tampoco había visto nada fuera de lo normal. Sin embargo, la descripción que los vecinos habían hecho de la chica del tercero segunda coincidía con la de la víctima. Era una mujer joven, delgada y morena que vivía sola, aunque recibía las visitas frecuentes de un chico. Era la única que no había respondido al timbre. Después de insistir un par de veces más, cuando los agentes comenzaban a dar por identificado el cuerpo que seguía tendido en el solar, la puerta del tercero se abrió lo justo para revelar la figura ligeramente encorvada de una mujer envuelta en una bata que respondió secamente a sus preguntas y volvió a cerrar la puerta.

EL NOMBRE

El lunes 3 de diciembre Joan Jubany seguía buscando a su hija. Durante sus idas y venidas, mientras trataba de dar con ella, fue juntando a un pequeño grupo de allegados, entre los que se encontraban su pareja y su exmujer, la madre de Helena, que le seguía cuando llegó a comisaría para presentar una denuncia por desaparición. Llevaron varias fotos de Helena. En una, reciente, posaba junto a dos compañeras en la biblioteca de Sentmenat en la que trabajaba. La luz de los fluorescentes se reflejaba en el cristal de sus gafas y en los lomos plastificados de los libros, a su espalda. El autor de la foto se había tomado su tiempo. Helena tenía la mano incómodamente apoyada sobre la pernera de los pantalones marrones de flores y su sonrisa comenzaba a desfallecer por la espera.

Ninguno tenía noticias de Helena desde el jueves 29. El sábado 1 de diciembre tendría que haber ido a comer a Mataró, a casa de su padre. Joan Jubany llamó a la biblioteca, pero le dijeron que aquel día Helena no trabajaba. Comió solo, se echó una siesta, y al levantarse sobre las seis de la tarde llamó a casa de Helena. Saltó el

contestador y obtuvo la misma respuesta todas las veces que probó tanto el sábado como el domingo. Aquel fin de semana Helena también se había citado con una amiga llamada Isabel Valls. La había llamado el jueves 29, emocionada, diciéndole que tenía varias cosas que contarle, pero que quería esperar a explicárselo en persona el sábado, cuando regresara de Mataró. La iría a buscar a casa y bajarían a Barcelona, donde cenarían y quizá acabarían yendo a Luz de Gas.

Isabel Valls se extrañó de que no la avisara, y cuando ya fue evidente que no iba a ir, le sorprendió todavía más que Helena no la llamara para excusarse. Trató de localizarla en casa, pero, como le había ocurrido a Joan, le saltó el contestador. El domingo cogió el listín telefónico y comenzó a llamar a todos los Jubany de Mataró hasta que, a las nueve de la noche, localizó al padre de Helena. Al enterarse de que el sábado por la tarde tampoco había acudido a su cita con Isabel, Joan cogió las llaves del piso de su hija y se fue a Sabadell.

Helena no estaba en casa. Joan encontró la cama sin hacer, pero nada que le llamara la atención. El lunes telefoneó a la biblioteca a la hora que sabía que Helena debía entrar a trabajar. La directora le dijo que no había ido, que el viernes por la tarde también había faltado y que le extrañaba que no hubiera avisado, pues siempre que se retrasaba, aunque fueran unos minutos, llamaba para dar una explicación. Joan Jubany fue a la comisaría de la policía local de Sentmenat, donde le tomaron los datos y anotaron la matrícula del coche de Helena, un Seat Ibiza de color verde. No presentó ninguna denuncia porque esperaba que Helena apareciera en cualquier momento con una explicación razonable sobre su ausencia. De la comisaría, Joan fue a la biblioteca, donde se encontró con Isabel Valls

y la directora, que lo acompañaron de nuevo al piso de Helena. Seguía vacío, pero esa vez se fijaron en que su abrigo y su bufanda estaban colgados de la silla del comedor y en que no había ni rastro de su bolso.

A las ocho y media de la tarde se les unieron la madre de Helena, que había estado pendiente de las gestiones que había estado haciendo su exmarido, y la pareja de Joan. Los cinco se presentaron en la comisaría de la Policía Nacional de Sabadell, donde denunciaron la desaparición de Helena. Los agentes que habían acudido a Calvet d'Estrella el día anterior repararon en la foto de la biblioteca y se fijaron en los pantalones marrones de flores estampadas y en el jersey blanco de cuello alto, la compararon con la ropa que había aparecido en la azotea y no les quedó ninguna duda.

EL RASTRO

Para Marta Cano, fue un encuentro casual. Para Helena, el último antes de vérselas con su asesino.

Marta Cano conoció a Helena Jubany la noche del 29 de noviembre, y fue la última persona que la vio con vida. Asistió a un acto de cuentacuentos en el centro cívico Sant Oleguer, como representante del Ayuntamiento de Sabadell. En esa misma calle, frente al polideportivo, apareció el coche de Helena días después, y el solar de Calvet d'Estrella donde la encontraron muerta quedaba a menos de trescientos metros.

Mientras Marta Cano esperaba a que comenzara el acto, Helena se le acercó a preguntar si podía sentarse a su lado. Ella accedió, Helena se presentó y le dijo que tenía la impresión de que se conocían. Marta estaba bastante segura de que no, a lo que Helena adujo que quizá se hubieran visto algún otro jueves, pues ella iba cada semana a escuchar los cuentos. Mientras esperaban a que comenzara la actuación, Helena le hizo a Marta varias preguntas sobre su trabajo y le contó que ella era bibliotecaria en Sentmenat, donde se encargaba de la sala

infantil. Ambas disfrutaron de los cuentos y rieron juntas. Cuando terminaron, Helena le pidió si podía acompañarla a saludar a los actores. Los felicitaron, y ellos las invitaron a su próxima actuación, el sábado 1 de diciembre, en el bar Harlem de Barcelona. Helena esperó a que Marta recogiera sus cosas. Una vez en el vestíbulo, sacó la agenda para anotar el teléfono de Marta y quedaron en que Helena la llamaría para ir juntas al Harlem. Cuando se despidieron, Marta cruzó la calle para reunirse con su pareja, que la esperaba en el coche, y vio a Helena alejarse calle arriba, en dirección a la Gran Vía.

Helena llegó a casa y, cerca de la medianoche, encendió el ordenador para chatear un rato.

Habló con alguien que se hacía llamar PituLigon. Helena le dijo que tenía que irse porque la estaban esperando en la cama, se despidió —«hasta mañana»—, y la respuesta que recibió de PituLigon fue: «No, no hablaremos más XD». Helena cerró la sesión dieciocho minutos después de la medianoche del viernes 30 de noviembre.

Helena Jubany no volvió a chatear aquella ni ninguna otra noche. A la mañana siguiente, habló por teléfono con un amigo llamado Xavi Gordo, con el que había mantenido una relación informal por la que había acabado perdiendo el interés, sobre sus planes para el puente de la Inmaculada. Tras colgar, a las 11:28 de la mañana, Helena trató de ponerse en contacto con su amigo Salvador Piquer, pero saltó el contestador. A partir de aquel momento, el rastro de Helena Jubany desapareció. Nadie sabe si acudió a Calvet d'Estrella al volante de su coche o si alguien lo hizo por ella. Tenía que estar en la biblioteca de Sentmenat a las tres de la tarde, salió de casa sin el abrigo ni la bufanda y dejó en la nevera un bol con los ingredientes para terminar de prepararse una ensalada de patata. Lo que

ocurrió entre que Helena colgara de nuevo el teléfono y que su vida se quebrara al impactar contra el suelo casi cuarenta y ocho horas después solo quien la mató lo sabe.

UNIÓ EXCURSIONISTA DE SABADELL

El inspector Formoso, psicólogo de formación, tenía la voz aflautada y acento gallego, el rostro tierno como pan de leche y andaba siempre con una leve suspicacia detrás de la oreja. Cuando apareció el cuerpo, estaba de vacaciones. Al regresar una semana después, se encontró con la mano del comisario en el hombro, que le detuvo cuando iba hacia el despacho y se lo llevó a tomar un café. Tenían que hablar de algo importante. El inspector había participado en investigaciones de otros homicidios, pero nunca había dirigido una. El equipo, inexperto pero voluntarioso, que debía resolver el asesinato de Helena Jubany lo formaban dos policías jóvenes a las órdenes del inspector Formoso. Él nunca se desprendió de las carpetas de cartulina de color amarillo ictericia en las que guardaba el resultado de sus pesquisas.

Formoso y su equipo sabían que Helena Jubany no se había suicidado. Si Helena, en lugar de haber sido arrojada al vacío, hubiera saltado por su propio pie, el impulso la hubiera alejado de la fachada y se habría roto las extremidades al tratar de protegerse instintivamente del